

## EL MUNDO SOY YO

Pero tampoco en el monismo me detuve. Era, como soy, vagabundo y voluble. Y luego el pensamiento no se detiene. El final de la última página no es más que el exordio de una nueva salida, y toda cima alcanzada es un trampolín para otros vuelos.

Conquistado el sentido de la unidad, púsoseme delante la pregunta que sin cesar retorna: ¿De qué está hecha semejante unidad? ¿Qué nombre tiene la substancia invisible y omnipotente que todo lo hace y llega a serlo todo? ¿Materia? ¿Éter? ¿Energía? ¿Espíritu?

Rehice en mi interior, a grandes trazos, el drama de la filosofía. Contra las primeras afirmaciones naturalistas surgían las réplicas tradicionales. El universo de agua y de fuego, de corpúsculos o de vórtices, se convirtió poco a poco en el mundo de la razón, en la múltiple encarnación de las ideas, de la cristalización de la palabra divina; en el río cambiante de las imágenes, en el reino del espíritu manifiesto. La revolución idealista me conquistó. *Esse est percipi*. La realidad inmediata es la sensación. La sensación es un hecho nuestro, del alma. Más allá no sabemos

nada. Único espía y testigo de la realidad en este continuo surgimiento y resurgimiento de *estados* y *devenir*es de conciencia. El mundo es nuestra representación. Mi filósofo ya no fué Schopenhauer, sino Berkeley.

¿Hay algo más allá de la representación? El conocimiento ¿es una ventana fiel de la realidad, o un sistema de cristales historiados que filtran sólo imágenes falsas y sombras inciertas de verdad? ¿Y hay algo de verdad tras el conocimiento o la nada, como tras de la vida? ¿Es únicamente espejo de sí mismo corteza sin tronco y vestidura en el vacío?

Estas preguntas que el hombre sano no se hace, que el filósofo de oficio acalla con las sentencias y los expedientes de la profundidad verbosa, me turbaban profundamente y me forzaban a un juego cerebral sin descanso, a una caza desesperada de argumentos, de sofismas y de escapatorias; me hacían afanoso, inquieto, incansable, como si la vida misma hubiese de depender de ellas. Ahora, a una distancia de años, veo toda la ingenuidad de mi manera de plantear los problemas y la grosería de las soluciones; pero en aquellos días se trataba de cosas graves, de acacimientos interiores bastante más importantes que un primer cariño o una ganancia inesperada. El pensamiento era la vida y la elección de una teoría era la dirección de una existencia.

Todas las noches, de cuatro a siete y de ocho a doce, discusiones—discusiones con amigos y con enemigos,—discusiones en alta voz, con empeño y furor. Ibamos a la orilla del río amarillo o por las avenidas altas, entre la gente, entre árboles, bajo el cielo tierno y esfumado del atardecer, bajo el cielo goteando lluvia o todo estremecido de estrellas descaradas, en medio de la multitud, de la niebla, de los carros estreptosos; sobre las losas mojadas; sobre los guija-

tros relucientes, sin ver nada, sin sentir nada, sin darnos cuenta de aquel mundo exterior, la existencia del cual se negaba o se confirmaba de nuevo de media en media hora. Teoría del conocimiento, percepción y representación, objetivo y subjetivo, idealismo y realismo, Kant y Stuart Mill, sentido y razón, Platón y Locke: toda la armería gnoseológica desenvainada y blandida, centelleando. Y volvíamos a casa vacuos, atontados, sin una certidumbre, sin un punto seguro y con la duda de que toda esta mezcolanza de definiciones, dilemas e inducciones, no fuese sino efecto de una mala inteligencia ridícula, de una sencilla y humilde cuestión de palabras.

Pero el idealismo resistía. Me parecía la única tesis lógica; y por lógica no se detuvo en mí en la sólita igualdad entre exterior e interior. El mundo es representación, sí; pero yo no sé de más representaciones que las mías. Las de los demás me son desconocidas, como la esencia de los fenómenos inanimados. La mente de los demás existe tan sólo como hipótesis de mi mente. El mundo es, pues, *mi* representación—el mundo es mi alma;—el mundo soy yo!

¡Qué maravilloso descubrimiento, qué imprevista iluminación! Ninguna idea me sacudió y transformó como ésta. No me curé de su estrambótica inverosimilitud; no pensé que pudiera ser un equívoco dialéctico; una simple transposición de lenguaje, y nada más. Su misma locura inflamaba mi fe: ¿Nadie cree en ella ni puede creer? ¡Tanto mejor! Creo yo. La verdad más profunda se descubre siempre tarde, al final.

Y creí en ella con todo el cerebro; la tomé en serio, al pie de la letra, sacando las más lejanas y absurdas consecuencias. Mi vida se hizo fantástica y divina, sin que nada cambiara en derredor mío.

El mundo todo no era sino parte de mi yo: de mí, de mis sentidos, de mi mente dependía su existencia. Según mis movimientos, las cosas surgían o desaparecían. Volviendo, resurgían; dejándolas, se deshacían una vez más. Si yo cerraba los ojos, todos los colores morían; si me tapaba los oídos, ningún sonido, rumor o armonía rompía el silencio del espacio. Y última consecuencia: cuando yo muera, todo el mundo será aniquilado. Quedábame una última duda: ¿moriré como los demás? ¿Puedo pensar que mi pensamiento deje de pensar?

¡Y los hombres! Sombras pasajeras sobre mi sensibilidad, fantasmas evocados por mi voluntad, fantoches pretenciosos de mi teatro interior; ¿qué diversidad! ¿Cuánto más nulos y bufos que antes me parecían con todo su afán! Pasaba por entre ellos y pensaba: He aquí que creen vivir, que creen existir por cuenta propia, y aun—humildes creyentes—ser inmortales! Y no saben que no son sino figurillas apresuradas en mi pupila; recuerdos y esperanzas leves de mi ánimo; gotas inconsistentes de un río de imágenes que en mí sólo tiene manantial y desembocadura. Sigo adelante; helos aquí, de nuevo, enterrados en la nada, y que sin embargo yacen satisfechos, como si les esperase una vida colmada y sin término.

Y mirándolos, sonreía, y nos los odiaba ya, e incluso había desaparecido todo rencor por su injusto desprecio. Ya no era víctima; me sentía amo y dominador—el único vivo en un lugar de sombras.

Creo haber experimentado en aquellos días algo semejante a lo que Dios experimentaría siempre si existiese. Era yo incansable creador y aniquilador, y el mundo estaba a mis pies, como si yo pudiese rehacerlo diferente por completo y reabsorberlo con un acto tan sólo. Experimenté a veces tal embriaguez metafísica

con tal pensamiento, que me parecía no ser ya aquel pequeño yo mismo que soportaba, sino haberme de pronto transfigurado y agigantado como un dios que surgiese de repente de la contextura mezquina de un hombre.

## XIII

## NADA ES VERDAD.—TODO ESTA PERMITIDO

El solipsismo perfecto y consecuente fué la más loca borrachera de mi primera juventud, pero no la más larga. Duró poco, como todas las embriagueces.

El despertar fué triste. Habitado a considerarme el eje del universo, la sola unidad capaz de dar forma y permanencia a la nada impaciente de ser, se me presentó de improviso la certidumbre de que era víctima ridícula de un juego de palabras, de una trampa lógica, de un rompecabezas metafísico. ¡Tanto calor, tanta voluptuosidad, tanta maravilla por una ilegítima deducción de un círculo vicioso! Decir que el mundo es representación quiere decir simplemente que las representaciones son el mundo y que el mundo existe; creer que los demás existen significa únicamente que existen esos conjuntos de sensaciones dirigidas por una voluntad semejante a la nuestra que se llaman hombres, y éstas son simplemente *definiciones* que no cambian nada de nada. El vocabulario es siempre el mismo, y ante las cosas y los hombres debemos obrar como entes, y no podemos obrar de otra manera. A la resistencia que los cuerpos oponen a mi voluntad se añaden las voluntades diversas de la mía y diri-

gidas contra la mía, y ello demuestra que en vez de ser un dios soy simplemente un imbécil.

Más tarde esta persuasión me empujó a buscar otro camino para llegar a Dios: acrecer el alcance de mi voluntad. Entonces, por el contrario, aquel humilladísimo y melancólico despertar tuvo por efecto el lanzarme al exceso opuesto. Perdí toda fe en el pensamiento, en la razón, en la filosofía. El pensamiento se me hizo paradoja poética; la razón me pareció diseño geométrico y simétrico de puras líneas sin dimensiones; la filosofía, no más que expresión dialéctica de simpatías, de odios, de necesidades cerebrales o morales de tal o cual hombre, y no del espíritu universal encarnado. La lógica, que me había conducido con su rigor autónomo y su camino sin recodos hasta aquel punto, se me trocó en una sofística sutil, capciosa, disgregadora, que ejercité gallardamente sobre todos los pensamientos posibles apenas se me ofrecía ocasión propicia. Me convertí en una especie de Gorgias de café, que para vengarse de la certidumbre perdida y de la soberbia fracasada, se divertía en disolver y disecar la fe de los demás, en arruinar sus tentativas de teoría, de afirmación, valiéndose, no sólo de su debilidad e ignorancia, sino también de la propia mala fe y pésima voluntad. Me gustaba meterles la duda en la cabeza a los dogmáticos; acallar a los ardorosos; poner en ridículo a los fanáticos; humillar a los charlatanes. Era un placer amargo, malo, estéril; pero me gustaba. Era mi única venganza. Iba aparte a buscar a los demás, no para convencerles de alguna cosa, como antes, sino para disuadirlos, para hacerlos una vez más semejantes a mí.

Poquísimos me resistían. El hablar animoso, la facilidad de improvisación, la práctica de la esgrima dialéctica, la experiencia de las diversas filosofías, el descaro de mi erudición bibliográfica, me daban la su-

premacía la mayor parte de las veces. Poseía el método; sabía las insidias tácticas, los lazos infalibles, los golpes maestros.

Todo es relativo. Verdad aquí, error acullá. Verdad por este lado y falsedad por el otro. Todos los principios, contradictorios en sí mismos; cada metafísica no es más que la transcripción en diversos lenguajes de dos o tres fórmulas generales, y éstas reducen casi siempre a alguna mística unidad—a un único que no se comprende, que no es nada, que no significa nada.—Se fabrican las filosofías para justificar nuestros prejuicios, nuestros sentimientos, las necesidades, incluso bajas, de nuestra vida; volvamos a traducir la filosofía a términos de vida, y nos encontraremos con una a modo de la metafísica de los cerdos esbozada por Carlyle. La única realidad es el presente, la sensación: cada cual viva su presente y mande al demonio las fórmulas y las fes. Es menester librarse de estas costras de antiguas enfermedades: cada cual se libre a sí propio y crea en sí mismo y en el momento fugaz, que por fugaz precisamente es bello.

Y como en ninguna de mis aventuras me he detenido en la mitad, no tardé mucho en sacar las consecuencias de esta negación de todo principio y de toda regla. Hallé a Max Stirner en aquel tiempo, y me pareció haber encontrado por fin el único maestro, sin el cual no me podía pasar. Del solipsismo cognoscitivo pasé al solipsismo moral. No hubo otro dios ante mí sino yo. Fantaseé una egología: destruí en mí los afectos familiares, los lazos patrios, los últimos frenos del hábito burgués de correcta conducta. Fui anarquista; me llamé anarquista; y no vi fin alguno digno de mí sino la liberación completa de mí mismo, y de los demás luego. Porque necesitaba para mi libertad de la libertad ajena.

Fundé con tres amigos un grupo individualista; es-

cribí la Proclama de los Espíritus Libres, y nos emborrachamos juntos de vino, de *haschisch* y de feroces absurdos.

Nada fué ya sagrado para mí: las mismas tentativas revolucionarias y los mismos programas humanitarios que me parecían antes algo importantes, habíanse trocado a mis ojos en estúpidas niñerías de creyentes laicos e inexpertos. Necesitaba muy otra cosa. La liberación *interior*, ideal, radical, de todos los hombres. Si acaso, aquí y allá, para ayudar al futuro, algún buen barril de dinamita. Pensaba, juntamente con los pocos a quienes me había acercado, en un golpe de mano para apoderarme de la ciudad; me preparaba para la universal revuelta; tenía deseos de escapar, de viajar por todos los países, de tropezar con los cuerpos de todos los pueblos, de estomagarme con las emanaciones de Oriente y perderme en los humos del Norte.

Y entre tanto, no pudiendo hacer nada, descontento y excitado, ávido y esquivo, descargaba mi desdén en aforismos desvergonzados, en desahogos líricos y mordaces, a semejanza de los de Nietzsche; y meditaba, por odio a la filosofía y a Kant, su digno alcahuete, una "Crítica de toda razón", y un "Crepúsculo de los filósofos"; y sentía la necesidad apostólica de liberar a los demás, como me parecía haberme libertado yo, con la desnuda y valiente teoría.

¿De qué modo? Fundando un periódico. Un periódico con la poca ciencia que se necesitaba para deshacer lo viejo, y la mucha crudeza, el anti-idealismo, el exotismo que había en mí y en los más próximos a mí.

## XIV

## HERVOR

Cada vez que una generación se asoma al terrado de la vida parece que la sinfonía del mundo tiene que atacar un tiempo nuevo. Sueños, esperanzas, planes de ataque, éxtasis de los descubrimientos, escalos, desafíos, soberbias, y un periódico.

Cada artículo tiene el trueno y el son de una proclama; cada asalto y compás de polémica está escrito con el estilo de los boletines victoriosos; cada título es un programa; cada crítica, una toma de la Bastilla; cada libro, un Evangelio; cada conversación toma el aire de un conciliábulo de catilinarías o de un Club de descamisados, e incluso las cartas tienen el aliento y el galope de admoniciones apostólicas.

Para el hombre de veinte años todo anciano es el enemigo; toda idea, sospechosa; todo grande hombre ha de ser sometido de nuevo a proceso; la historia pasada parece una larga noche rota por los relámpagos, una espera gris e impaciente, un eterno crepúsculo de la mañana que al fin surge con nosotros. Para el hombre de veinte años, los mismos ocasos parecen tener los reflejos blancos y delicados del alba que tarda en venir, y las antorchas que acompañan a los

muertos con iluminaciones de alegría por nuevas fiestas, y los lamentos de las campanas devotas son esquilas que anuncian los nacimientos y bautismos de las ánimas. Es la única edad rodomántica de la vida en que se tiene el vicio viril de coger a todos los bueyes por los cuernos; en que se anda con el paso ágil y bien firme de los poliorcetes, con el sombrero de lado y un bastoncito de cerezo en la nerviosa mano.

Toda cinta nos parece una bandera; todo amor lejano, el temblor gigantesco de una revuelta; todo estallido de petardo, el anuncio de una batalla, y todo chaparrón, el principio del segundo diluvio universal. Escuchamos con las orejas tensas el murmullo del viento y creemos que es el deshacerse del mundo; el trote de un caballo de alquiler nos hace correr a la ventana como si fuese el bucéfalo negro del Anticristo, y las bandas rojas del sol poniente casi nos hacen entrever un hemisferio de fuego que se extiende más allá de los últimos montes, donde la vida es tal vez una agitación de gigantes, y el cielo es, no de azul cristalino, sino color de incendio y de infierno.

En los momentos de la más profunda embriaguez tenemos la feliz certidumbre de ser los primeros hombres del mundo—los primeros en el orden del tiempo,—los verdaderos Adanes; de ser los que deben asignar un nombre a las cosas, edificar las ciudades, fundar los reinos, profetizar las fes y conquistar en riña, cuerpo a cuerpo, el entero dominio del mundo de aquí. Solos, inocentes, vírgenes y puros, nos sentimos con derecho a cancelar los recuerdos y la fuerza de retejer la realidad con nueva trama y nuevos dibujos.

El mundo nos parece mal pergeñado; la vida sin armonía y sin grandeza; el pensamiento nos hace el efecto de una furiosa intención a medias cumplida, de

un gesto apenas iniciado, de un dibujo negro y confuso que nadie ha desenvuelto en un fresco.

¡Hay tanto que hacer y rehacer! ¡Hétenos dispuestos; aquí estamos nosotros! ¡Fuera chaqueta y sombrero! ¡Adiós, grandes libros con márgenes escritas que nos disteis una sed tremenda y no nos enseñasteis las fuentes!

Hétenos aquí a nosotros, buenos chicos, que tenemos gana de trabajar. En mangas de camisa, los cabellos al viento, azadón en mano y carabina al hombro, albañiles y soldados en el mismo momento, como los hebreos de Esdra. ¡Qué confusión! ¡Qué polvareda! ¡Cuánta cal! Caen los muros con estruendo de bombas; el polvo que nos ahoga es denso como el de una batalla *ancien régime*, y los cánticos que se alzan y se responden en el ruido de las demoliciones son cantos de guerra e himnos de revolución.

No hay nada que pedir; tenemos espíritu militar. No nos queremos poner, ni por todos los libros del mundo, la casaca del infante; pero la guerra es nuestro oxígeno, todo asedio es una fiesta y quisiéramos que cada palabra fuese un escopetazo a quemarropo y cada idea una infalible bomba de fortaleza. Pero el ejército regular nos repugna. Estamos por los voluntarios, por las bandas armadas, por los bandidos, por los libres guerreros de las plazas que derrocan a los reyes, por los caballeros errantes que buscan las aventuras de espada como Casanova las de faldas. Don Quijote es nuestro patrón, y únicamente por su amor toleramos a Sancho Panza; pero nos desahogamos odiando venenosamente a Sansón Carrasco, padre y modelo de todos los filísteos modernos, enemigos jurados de la locura y de cuanto se le parece.

También nosotros somos caballeros-hidalgos de capa y espada, prontos a clavarla en el amojamado corazón de los padres nobles y a amparar con la capa

a las Dulcineas temblorosas de miedo. Pluma en el sombrero y mano al pomo, miradas de valentones, movimientos de cobardes. ¡Qué diablo hacéis aquí en derredor vosotros! ¡Andad aprisa, si no queréis que os pisen; suicidaos si no queréis ser barridos. Nosotros seguimos adelante, ¡debemos seguir adelante! ¡Todo está sobre nuestros hombros; todo a nosotros toca!

Y, camino adelante, todo es bueno: una bofetada, una estocada y a seguir; así como así se hace ejercicio. También nosotros creemos que los molinos de viento son gigantes, y no nos avergonzamos de ello. ¿Son acaso menos peligrosos? Probad si no vosotros a asaltarlos y veréis que las aspas de madera no son menos duras que los brazos de los Briareyes.

Todo por nada; ¡o nada o todo! ¿Hay todavía mundos por descubrir, verdades por revelar, torres y murallas que derrocar al son de nuestras trombas?

A todos fastidiamos: arrojamos a Dios de las nubes del cielo; a los reyes, de los sillones de la tierra, y ni siquiera los muertos pueden estar tranquilos bajo las flores y las mentiras de los camposantos, ni las impedidas celebridades de bronce sobre sus pedestales de piedra.

Queremos librarnos de todo y de todos. Queremos volver a ser *desnudos* de alma como Adán, inocente, fué desnudo de cuerpo. Queremos quitarnos los mantos de la religión, las chaquetas de las filosofías, las camisas de los prejuicios, las corbatas corredizas de los ideales, los zapatos de la lógica y los calzoncillos de la moral.

Es menester rascarse la piel, limpiarse el alma de nuevo, desinfectar el cerebro, tirarse al agua corriente, volverse niños inocentes y naturales como salimos del útero de nuestra mamá. No queremos que los muertos sigan mandando a los vivos, que los libros inspiren las vidas, que la Razón y la Historia conti-

núen con mayúscula y todo teniéndonos encerrados y sujetos a los bancos de las escuelas, derechos y con la boca abierta, para recibir en el aire el pan mascado por otras bocas. La Razón debe ser *nuestra* razón, y la Historia comienza hoy. Año primero de nuestra era. *Incipit vita nova.*

Nueva tierra y nuevos cielos. Escenarios pintados para la ocasión. Palacios levantados en una noche. Largas fachadas, todas encendidas, con mil ventanas y un estandarte en cada una. Y muchos gritos por la calle; necesidad de subir, de habitar en los montes, de ver las ciudades a nuestros pies, de poder despreciar a los hombres de lejos.

Despreciarlos y también odiarlos y matarlos. Pero en el fondo, ¡amarlos! Todo cuanto hacemos es por ellos. Cuanto decimos es por deslumbrarlos, por asustarlos; pero cuanto hacemos es por todos, por la liberación y el contento de todos. Hacemos la guerra por que sean mejores, gritamos para que no se olviden, los asustamos para que piensen en cuanto les sucede. No tenemos más ambición en el fondo que la de ser sus maestros, sus guías, sus profetas, y nos bastaría morir, como Moisés, ante las viñas de la Tierra Prometida. Y de todas estas tempestades, rebeliones y arrogancias salen cuatro, ocho, diez y seis páginas de papel impreso: ¡el solito periódico!